



ANTONIO GONZÁLEZ VIVE AHORA TRANQUILO EN ARRIETA
PERO SE PASÓ MEDIA VIDA EN EL SÁHARA, EN LA LEGIÓN.
UNA HISTORIA ACTUAL DE UN MUNDO QUE PERTENECE A OTRO TIEMPO



Antonio Gonzalez en su casa de Arrieta. A la derecha dos imágenes de cuando estuvo en la Legión en el Sáhara. Foto: Manolo de la Hoz.

De oficial con corbata a legionario

CON 15 AÑOS, Antonio González Gutiérrez (Oviedo, 1933) se marchó de casa. Primero trabajó en una empresa de construcción y después en el Ayuntamiento de Mieres, como oficial de pagos, "con corbata", dice. Un día, un compañero le dijo: "Estás gordo, vamos a bajar esa barriga". Y se fueron a la Legión, primero a Facinas (Cádiz) y después al Sáhara. Allí se casó, ascendió primero a cabo "porque no quería barrer", después a sargento y finalmente a teniente hasta que llegó a Fuerteventura en enero de 1976, y después a Arrieta a finales de los años ochenta.

A Villa Cisneros, en 1956, también llegó Mari Carmen Bonilla, con sus padres. Venían de La Laguna, con parada en Haría donde el padre había montado un taller "que fracasó". "Nos fuimos porque no había nada, para no pasar hambre", dice Mari Carmen, que recuerda que en el Sáhara "no había ni agua" y que la que había venía del pozo Butarja: cuatro

litros por persona cada quince días. No había agua "pero no faltaba el whisky", dice Antonio. En la Legión se bebía, y mucho. "Desde el teniente coronel hasta el último soldado", dice. "En cantidad y en calidad", corrobora Mari Carmen. Los soldados llevaban una botella en cada bolso para pasar las noches de guardia "porque en el desierto hace mucho frío".

Antonio y Mari Carmen se casaron, pero hasta que llegó ese día Antonio iba a buscarla a su casa pero no entraba. "De novios no entró a mi casa porque siempre venía bebido -dice ella- no sé ni cómo me casé con él", se ríe. Tal vez porque su padre escribió al señor Narciso

y la señora Manuela, los padres de Antonio, que vivían en Asturias, para pedir referencias de su hijo. Y estos le tranquilizaron: "Tranquilos, que ni ha matado, ni violado, ni robado, solo es un garbanzo negro en la familia", contestaron. El padre de Antonio había sido republicano y estuvo a punto de morir fusilado... Cuando su hijo se escapó a la Legión le dijo. "No vuelvas más por aquí".

En Villa Cisneros, que hoy se llama Dakhla, en el Río de Oro, mejoraron con el tiempo las condiciones de vida. Mari Carmen recuerda que había muy buena convivencia, que se comía muy buen marisco y que ella llegó a trabajar en la taquilla de un cine.

"Ya habían pasado el asedio de Ifni y la batalla de Edchera, pero seguían vigilando los pozos de petróleo y había avanzadillas en el desierto", recuerda Antonio

Pero en la Cuarta Bandera de la Legión no todo era beber. Ya habían pasado el asedio de Ifni y la batalla de Edchera, pero seguían vigilando los pozos de petróleo y había avanzadillas en el desierto, recuerda Antonio. A la Legión se incorporaba gente de muchos países: alemanes, polacos, franceses o rusos... "Allí a nadie se le preguntaba lo que había hecho", asegura.

En el último año, Antonio ha ido perdiendo poco a poco parte de su memoria, pero de repente recuerda cosas. O las recita: "En lo alto del Naranco, una morita decía, vale más un legionario, que toda la Infantería".

Tras la Marcha Verde, que dice que "no existió", acabó en Fuerteventura, junto a varios cientos de legionarios más. Allí estuvo trece años "haciendo el indio". "No había nada que hacer pero había muchos follones". Dice que se fue de la Legión porque entraban "muchos soldaditos de plomo". Así que se jubiló y se fue a vivir a Arrieta, que es donde mejor ha vivido. "Aquí no matar nada ni disparar nada", dice con sorna, aunque una vez alguien entró a su casa, salió a la calle tras él y le pegó un tiro a un coche. Y hubo más episodios con pistola de por medio. "Otro día le cuento barbaridades", asegura.